

INSTRUMENTOS DÉ PAZ

Carta de la Conferencia
de la Familia Franciscana
en ocasión de Pentecostés 2005

1. “¡El Señor te dé la Paz!”. Con este saludo que nos ha dejado san Francisco nos dirigimos a todas las Hermanas y los Hermanos de la grande Familia Franciscana y a todos los hombres y mujeres que Dios ama (cf. *Lc* 2, 14).

Nuestro padre San Francisco, en su Testamento, nos ha confirmado que el mismo Altísimo le reveló este especial saludo: «El Señor me reveló que dijésemos este saludo: “El Señor te dé la paz”» (*Test* 23). Unidos y obedientes a él, también nosotros hoy lo ofrecemos a todos vosotros, sabiendo que vivimos en un mundo lacerado por tantas guerras, terrorismo, injusticia social, hambre y catástrofes naturales de dimensiones casi apocalípticas.

Ofrecemos este saludo sobre todo a los hombres y mujeres que viven manifiestamente, pero que con frecuencia también de manera encubierta, en situaciones de opresión en su propia persona, en su familia, su fraternidad o comunidad, y en el ambiente de trabajo. Reconocemos, de hecho, en el mundo y en los hombres y mujeres de hoy, la urgente exigencia de la paz en el sentido más amplio del término, en su significado antiguo de «Shalom» (cf. *Is* 9, 5s; 48, 18-19; 54, 13; *Mi* 5, 1-4; *Lv* 26, 6; *Pr* 12, 20): paz entre los pueblos y las naciones, paz entre las diversas culturas y religiones; una paz que garantice una morada digna y segura, con lo necesario para comer y vestir, el respeto y la dignidad de la persona, la armonía con toda la creación, la felicidad en el corazón, y con el mismo Dios dador de toda vida.

Nuestra misión: anunciar la paz

2. Fieles a la revelación divina, donde quiera que fuesen y cada vez que comunicaban a la gente algunas palabras (cf. *EP* 26; *LP* 67; *IC* 23; *TC* 26), Francisco y la primitiva familia franciscana anunciaban este nuevo, y hasta entonces desconocido, saludo de paz en un mundo dividido por grandes y pequeñas guerras, uniéndose con él, al mismo saludo de Jesús resucitado: «¡Paz a vosotros!» (cf. *Lc* 24, 36; *Jn* 20; 19, 21, 26). Pero el deseo de paz con frecuencia se transformaba en una verdadera y propia iniciativa en favor de una paz concreta, como nos atestiguan los extraordinarios eventos de la reconciliación entre el Podestá y el Obispo de Asís (cf. *LP* 84), la pacificación de la ciudad de Arezzo y otras ciudades (cf. *2C* 108; *Flor* 11), la visita de Francisco al Sultán (cf. *IC* 57) y el episodio del lobo de Gubbio (cf. *Flor* 21). El saludo de paz y las iniciativas en favor de la paz eran parte integrante de la autocomprensión, del estilo de vida y la misión de los primeros hermanos, y por ello eran reconocidos como un verdadero movimiento de paz, de tal suerte que Tomás de Celano nos presenta la fraternidad primitiva como una «Pacis legationem», una verdadera embajada de paz (cf. *IC* 24).

3. Esta misión en favor de la paz, anunciada con su saludo singular, tiene su propio fundamento en algunos elementos constitutivos de la vida y de la espiritualidad de Francisco, de sus hermanos y de sus hermanas. La misión de paz nace de un corazón pacificado, fruto de una experiencia de perdón, de misericordia y de gratitud. También sobre ella funda Francisco el carácter fraterno de su movimiento (cf. *CtaM*) y responde a ella con la decisión de una vida de penitencia que, en el seguimiento de Jesucristo, se orienta del todo a los valores escatológicos del Reino de Dios: la justicia y la paz. Se acogen como un don de Dios que permite descubrir la paz del corazón (cf. *IC* 26). Es el don de la paz que en Jesucristo se realizó en una historia de salvación, y se encarnó en la realidad de un mundo sediento de redención (cf. *IR* 23,1-4). Por eso, contemplando las maravillas que Dios lleva a cabo en la creación y obra a través de su Hijo, Francisco descubre el nexo entre paz, salvación y redención del hombre, sintiéndose íntimamente unido a la creación y a la suma bondad de Dios. En este descubrimiento se basa nuestro saludo franciscano de hoy: *Pax et Bonum*.

Escribiendo su Regla, Francisco daba origen a un estilo de vida que, mediante actitudes concretas y cotidianas, era capaz de promover la paz. La pobreza y la simplicidad, que nacen de la ilimitada confianza en Dios, conducen a quien acoge este estilo de vida, a no querer apropiarse de nada, ni de lugares ni de casas y mucho menos de la propia voluntad (cf. *IR* 7, 13; *Adm* 2). Con las manos libres para abrazar y servir a los leprosos (cf. *Test* 1-3), Francisco y sus hermanos no necesitaban obtener instrumento alguno de defensa o arma, para proteger de los demás cuanto poseían (cf. *TC* 35). Libre de toda pretensión y de toda reivindicación, la primera generación franciscana no veía en el otro un concurrente ni un enemigo, sino en un modo simple, reconocía en cada uno, un hermano y una hermana en Jesucristo.

Trabajando (cf. *IR* 7, 1-9), viviendo entre los pobres y los excluidos (cf. *IR* 9, 2), rechazando el dinero (*IR* 8, 1-12), nueva y brutal forma del capitalismo de entonces, Francisco y los suyos atestiguaban proféticamente la posibilidad de un modo diverso para vivir juntos, y de una sociedad civil y eclesial iluminada por el Evangelio de Jesús.

Esta nueva vida evangélica llevaba consigo también un nuevo modo de expresarse. El vocabulario de Francisco se aparta de expresiones belicosas de las heroicas empresas de conquistas de su tiempo, para introducir y proponer nuevamente, a partir de la Biblia, conceptos como el de no apropiarse (cf. *IR* 7, 13), no juzgar (cf. *IR* 11, 1-10), un comportamiento espiritual concreto (*IR* 16,5 ss.) y otros, que promovían la paz también a través del lenguaje. Así este mismo estilo de vida se convertía en un verdadero camino de reconciliación con Dios, con el prójimo, consigo mismo y con toda la creación.

Un itinerario para la paz

4. Una lectura atenta de nuestras fuentes no sólo nos presenta el primitivo movimiento de los “menores” como una verdadera delegación de paz y de reconciliación, sino que nos permite distinguir algunas actitudes esenciales, también hoy, para actuar un proceso de paz y de reconciliación, en una situación empantanada por discordias y luchas (cf. *Flor* 21):

- mantener a Dios al centro de la acción;
- proceder siempre en comunión con fortaleza y sabiduría;
- identificar las verdaderas causas de la violencia y llamarlas por su nombre;
- promover la conversión y la reconciliación de todas las partes;
- tratar de sanar y restaurar las relaciones más que resolver los altercados;
- restablecer la justicia como base de la paz verdadera;
- reconocer que todas las relaciones sociales son asimétricas y que toda situación de conflicto implica un desequilibrio y un mal uso del poder;
- mantenerse desarmados (cf. *Memoriale Propositi*, 16);
- rechazar la demonización de una de las partes, y reconocer en todos hermanos y hermanas;
- enfrenar los conflictos activamente, exponiéndose en primera persona y comprometiéndose.

Estas actitudes nos presentan un auténtico camino para promover la paz, y exigen actuar sin prepotencia ni fuerza. Semejante comportamiento será posible solamente a partir de una incondicional confianza en Dios. Sólo manteniendo su Espíritu y su Señoría al centro de la propia acción, el intento de una reconciliación y de una pacificación puede tener alguna esperanza. Aceptar un tal servicio en favor de la paz, trae consigo peligros y dificultades. Por eso el franciscano y la franciscana no caminan solos, sino en comunión vital y recíproca con la Fraternidad y la Iglesia, una comunión que sostiene y anima. Procediendo unidos los hermanos y las hermanas pueden y deben reconocer, con valentía profética, las verdaderas causas de cualquier forma de violencia y llamarlas por su nombre. No se puede esconder o minimizar la violencia. Solamente sabiendo reconocer y aceptando curar el mal, se puede comenzar un camino que lleve a la conversión y a la reconciliación de todas las partes, y al final, se tendrá que buscar el restablecimiento de la justicia como base para la construcción de la verdadera paz, porque solamente así las mediaciones usadas para lograr la reconciliación podrán tener un futuro duradero.

Purificar la memoria

5. El recuerdo de los comienzos de la Familia franciscana como movimiento de penitencia y como legación de paz, nos lleva inevitablemente a reconocer con humildad que nuestra historia no siempre ha correspondido a esta vocación, y que no siempre los franciscanos y las franciscanas han testificado con su vida el saludo de la paz revelado a Francisco. Al contrario, con frecuencia se han mostrado ambiguos o parciales ante situaciones injustas o violentas. No podemos esconder que varias veces ellos mismos eran causa o incluso promotores de la injusticia y de la violencia. El recuerdo de esta sombra en nuestra historia es necesario para una verdadera purificación de la memoria en vista de un auténtico camino evangélico. Con el sentido Papa Juan Pablo II, afirmamos que una tal memoria de los fracasos «es muy útil para una comprensión, y aplicación correctas de la auténtica petición de perdón, fundada en la responsabilidad objetiva que une a los cristianos, en cuanto miembros del Cuerpo místico, y que impulsa a los fieles de hoy a reconocer, además de sus culpas propias, las de los cristianos de ayer, a la luz de un cuidadoso discernimiento histórico y teológico. En efecto, "por el vínculo que une a unos y otros en el Cuerpo místico, y aún sin tener responsabilidad personal ni eludir el juicio de Dios, el único que conoce los corazones, somos portadores del peso de los errores y de las culpas de quienes nos han precedido" (*Incarnationis mysterium*, 11). Reconocer las desviaciones del pasado sirve para despertar nuestra conciencia ante los compromisos del presente, abriendo a cada uno el camino de la conversión.» (*Homilía día del Perdón*, 12 de marzo de 2000). Sólo mediante una verdadera conversión y por la fe en el Evangelio (*Mc* 1, 15) podemos encontrar la paz del corazón y ser verdaderos mensajeros de paz para nuestro mundo. La conversión del corazón es la posibilidad de no dejarse vencer por el mal, sino de vencerlo con el Bien (cf. Juan Pablo II, *Mensaje para la Jornada de la Paz*, 1 de enero de 2005). Puesto que la paz es un bien que se debe promover con el bien (cf. *ob.cit.* 1), los franciscanos y las franciscanas renuncian a toda forma de violencia para «salir del círculo vicioso del mal por el mal» (*ob.cit.*, 1).

El difícil camino de la paz

6. Después del "siglo oscuro" de guerras feroces, de dictaduras brutales, de grave e injusta disparidad social entre el norte y el sur del mundo, y de la guerra fría, el inicio del nuevo milenio se había llenado de esperanza y también de entusiasmo por un tiempo más pacífico y más justo. Pero ya los primeros años de este nuevo siglo nos han demostrado la fragilidad de la convivencia de la humanidad y se han abierto nuevas grietas, que amenazan la paz mundial y la reconstrucción del justo equilibrio entre las naciones. Una catástrofe casi apocalíptica nos ha demostrado posteriormente, con violencia, que el hombre ha perdido también la armonía con la creación. Nos encontramos hoy ante una serie de problemas que, en nuestro mundo global, están en un cierto sentido todos conectados: los ecológicos, como la extinción de algunas especies, los cambios climáticos y la contaminación del ambiente, están frecuentemente

relacionados con graves problemas sociales, como el pesado endeudamiento de muchos países, y a su vez causa de ulteriores problemas como la pobreza, el hambre, desocupación y emigración. Hay además estructuras de pecado que agravan la espiral de violencia. Entre estas estructuras se encuentran, en ocasiones, la institucional y la militar, que frecuentemente se vuelve opresión de ciudadanos indefensos, cuando no empuja a arremeter contra otros pueblos, creando víctimas inocentes, y suscitando las más de las veces, como reacción, incontables formas de terrorismo. Recordemos también los varios fundamentalismos, los nacionalismos, y un nuevo imperialismo que hoy están en el origen de la lucha entre las culturas y las religiones. La criminalidad internacional, además, nutriéndose del comercio de drogas y de armas, lleva a la muerte en muchos ángulos del mundo. Por último, las despiadadas reglas de un mercado que, en aras de la libertad, subordina el valor de la vida al económico, privilegiando a pocos y marginando a muchos, frecuentemente condena a un futuro sin esperanza, sobre todo a los más débiles: mujeres, niños, ancianos y enfermos. A veces parece que las semillas de la paz fuesen sofocadas por los intereses del poder político y económico, por las estructuras de injusticia y pecado personal.

¿Qué significa, entonces, paz en este mundo salvaje y militarizado? ¿Qué significa paz en un mundo donde reina un sistema consumístico y de apropiación? ¿Qué quiere decir paz para los hombres y mujeres que viven en zonas de guerra? ¿Qué quiere decir paz para quien ha perdido todo? En el espíritu franciscano, ante todas estas situaciones, no podemos permanecer pasivos o solamente espectadores conmovidos, sino que debemos sentirnos llamados a seguir las huellas de Jesucristo, que ha venido «para anunciar a los pobres un gozoso mensaje, para proclamar a los prisioneros la liberación y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y predicar un año de gracia del Señor» (Lc 4,18).

Francisco abrazó el plan de Dios para sus criaturas, considerándolas una familia de hermanas y hermanos (cf. *Cánt*). Él no se llamó jamás simplemente “Francisco”, sino siempre “Hermano Francisco”. Ser “hermano” revelaba su sentirse en relación con toda criatura y su misión de sanar las relaciones con dócil humildad (cf. *Cánt* 10-11; *TC* 14, 58). La acción de la paz está unida a este anuncio de la buena nueva del Evangelio (cf. *Ef* 6, 15), y dirigida a todos los hombres indiferentemente de su estado social o sexo, de su raza y religión. Permaneciendo fiel al propio Señor, para la Iglesia, la paz en el mundo es parte integrante de la misión con la cual ella continúa la obra redentora de Cristo en la tierra (cf. *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, n.º 516). Como misioneros y misioneras del Evangelio, y fieles a la Iglesia, queremos renovar nuestra tradición de ser hoy mensajeros de la paz evangélica.

Promover el bien

7. Puesto que la paz comienza a vivirse como valor profundo en lo íntimo de cada persona, para extenderse después a las familias, a nuestras fraternidades y comunidades, hasta abarcar todos los ámbitos en que vivimos, para crear una auténtica cultura de la paz (cf. *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, n.º 495), será necesaria nuestra reconciliación personal con Dios, con nosotros mismos, con los hermanos y hermanas, y con toda la creación. Si bien, este es un momento muy íntimo y personal, dicha reconciliación debe comprender también nuestras estructuras, nuestro estilo de vida, nuestro trabajo y nuestra misión, a fin que todo sirva realmente para la construcción de la paz, de la justicia y del amor. Solamente a través de la conversión creíble de nuestros corazones, de nuestras estructuras personales, de nuestro estilo de vida, de nuestro modo de programar, pensar y trabajar, llegaremos a ser fructuosos constructores de paz. Nuestro compromiso por la paz pide también, en modo especial, proceder con el espíritu fraternal que caracteriza particularmente nuestra forma de vida, y no dejar que algunos hermanos y hermanas con una específica y profética vocación se comprometan solos en favor de la paz, de la justicia, y de la integridad de la creación.

8. A partir de esta conversión personal proponemos una visión de la paz como superación del pecado personal y estructural, superación del sufrimiento, del dolor, de la ira, de las heridas profundas en la reconciliación. Como testigos de la buena nueva, queremos comprometernos con nuestra misión en el mundo a favor de este camino de reconciliación, que exige distinguir entre una acción contra el mal, la

violencia, la injusticia, de otra que es actuar en favor de la paz y de la justicia; excluyendo toda forma de violencia, para hacer posible una verdadera reconciliación. Nuestra misión de paz no puede basarse en una actitud caracterizada por el estar “contra”, sino que debe nutrirse de la búsqueda constante del bien de la vida. Esta acción en favor del bien, comporta la denuncia de las causas del mal, y la condena valiente de toda forma de violencia injustificada, porque hablar de paz y de justicia sin denunciar las instituciones, los sistemas y los pecados responsables de la injusticia, de la violencia y del mal, es más que hipócrita. Cuando las causas de la discordia, de las guerras, de la injusticia, y de los pequeños y grandes pecados humanos sean proféticamente individuados, entonces será posible una profunda recuperación de todas las heridas. Sin una tal recuperación el camino hacia la reconciliación será difícil. Nosotros franciscanos y franciscanas queremos lograr esta curación de las heridas a través del diálogo fraterno y caritativo. Un diálogo respetuoso que sepa valorar cada persona, cada cultura, y cada religión; promoviendo el bien, lo bello, y lo verdadero, que existe en el otro. Queremos iniciar este diálogo en nuestras fraternidades y comunidades, en nuestras familias, entre nuestros institutos franciscanos, en la Iglesia, entre las diversas culturas y religiones, en los diferentes países donde estamos presentes, exponiéndonos nosotros mismos, asumiendo todas las eventuales consecuencias, y participando en la misión y en la pasión de Cristo (cf. *IR* 16, 10-11). En modo particular queremos iniciar este diálogo en los lugares de conflicto, de tensión, de desesperación, y de discordia, de intolerancia y de marginación. Con nuestro dialogar queremos dar testimonio del diálogo salvífico, que Dios mismo lleva a cabo con la humanidad de su Hijo Jesucristo, y con la potencia del Espíritu Santo.

Al servicio del amor

9. Con nuestra rica tradición y nuestra disponibilidad al diálogo, queremos refundarnos en la espiritualidad del perdón, de la misericordia y de la gratitud, para superar, con la paz verdadera que sólo Jesucristo puede darnos (cf. *Jn* 14, 27), las pequeñas guerras de la vida diaria, y las grandes guerras del mundo; refundarnos en la espiritualidad de la simplicidad para superar, con la estima y la benevolencia por cada forma de vida, el consumismo y las tantas formas de abuso contra la vida y la creación. Volviendo a nuestras raíces profundas en nuestra vocación franciscana no solamente podremos encontrar paz en nuestros corazones, en nuestras fraternidades, comunidades y familias, sino que también podremos ser fructuosos constructores de paz y de reconciliación en este mundo.

Recordando nuestra peculiar vocación de franciscanos y franciscanas, de ser mensajeros de la paz en este mundo, promovemos y estimulamos el don de ser profetas de un nuevo estilo de convivencia basada en el amor y en la familiaridad, y por tanto en la no violencia, en la justicia y en el cuidado integral de nuestra madre tierra (cf. *Cánt*); defendemos el derecho a la vida en todos los niveles, y la posibilidad de acceso a los recursos esenciales para todos; en modo particular sufrimos y queremos estar cerca de las innumerables víctimas de este mundo. A partir de esta dimensión profética de nuestra vocación, levantamos nuestra voz en favor del desarme en todos los niveles (cf. *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, n.º 508); denunciemos la utilización de niños y adolescentes como soldados en conflictos armados (cf. *ob.cit.*, 512), y cualquier forma de discriminación y explotación de las mujeres; condenamos toda forma de terrorismo; protestamos contra cualquier forma de colonialismo o imperialismo militar y económico; rechazamos los fundamentalismos y las tendencias al integralismo; luchamos con medios pacíficos contra las estructuras, y los autores de cualquier forma de esclavitud y supresión.

Por último, suplicamos a nuestro padre san Francisco y a nuestra madre santa Clara, grandes promotores de la paz y del bien, y a María, Reina de la Paz, que nos concedan vivir en este mundo como fieles servidores del Espíritu de Jesús, nuestra paz (*Ef* 2, 14).

Roma, 15 de mayo de 2005.
Solemnidad de Pentecostés

Fr. José Rodríguez Carballo
Minister generalis OFM

Fr. Joachim Giermek
Minister generalis OFMConv

Fr. John Corriveau
Minister generalis OFMCap

Fr. Ilija Živković
Minister generalis TOR

Encarnación Del Pozo
Ministra generalis OFS

Sr. M. Carola Thomann FCJM
Praeses CFI-TOR

Abreviaturas

Sagrada Escritura

<i>Lv</i>	Levítico
<i>Pr</i>	Proverbios
<i>Is</i>	Isaías
<i>Mi</i>	Miqueas
<i>Mc</i>	Marcos
<i>Lc</i>	Lucas
<i>Jn</i>	Juan
<i>Ef</i>	Efesios

Fuentes Franciscanas

<i>IR</i>	Primera Regla
<i>Test</i>	Testamento de san Francisco
<i>Adm</i>	Admoniciones
<i>CtaM</i>	Carta a un Ministro
<i>Cánt</i>	Cántico de las Criaturas
<i>1C</i>	Primera Vida de Tomás de Celano
<i>2C</i>	Segunda Vida de Tomás de Celano
<i>TC</i>	Leyenda de los Tres Compañeros
<i>LP</i>	Leyenda de Perusa
<i>EP</i>	Espejo de Perfección
<i>Flor</i>	Floreçillas